

¿Quién controla el futuro?



LANIER, J. [2013] (2014):
¿Quién controla el futuro?
 Barcelona: Debate, 462 pp.

Los inicios de la revolución digital fueron años de utopismo desbocado, en los que los análisis críticos aparecían con cuentagotas, ocupando habitualmente un lugar marginal. Se decía entonces que todo era (y se anticipaba que todo sería) positivo y beneficioso si iba acompañado de “lo digital”. El tecnoutopismo sigue en boga. Pero ha pasado ya tiempo suficiente para comprobar que, como es de sobra conocido, una cosa son las potencialidades de una innovación tecnológica y otra los usos que cada sociedad, en cada momento histórico, promueve de esas innovaciones. Las perspectivas críticas se abren paso, precisamente, cuando los usos reales se van alejando de los usos posibles.

Jaron Lanier, programador informático conocido sobre todo por encontrarse entre los precursores de la realidad virtual, es uno de los autores de más éxito entre las voces discordantes con los derroteros que está tomando la progresiva digitalización de nuestras sociedades. Como ya hizo en *Contra el rebaño digital* (Barcelona: Debate, 2011), en su última obra, *¿Quién controla el futuro?*, conti-

núa problematizando un mundo digital que tiende a naturalizarse y que, como usuarios, solemos asumir y experimentar de manera acrítica. En esta ocasión, lleva a cabo un análisis de la actual economía de la información poniendo el foco en los condicionantes técnicos de las redes virtuales.

Lanier reconoce la importancia del control social ejercido a través de internet “a la antigua usanza”, esto es, impulsando leyes de propiedad intelectual, espionando a los adversarios políticos o bloqueando el acceso a determinados contenidos. Pero señala que el poder más relevante que se ejerce en la red es de tipo económico y no político, y se canaliza precisamente a través de algunas de sus características con mayor potencial liberador, como los diseños de código abierto o el acceso libre a los contenidos.

Según explica, el ciberespacio se está organizando prioritariamente en torno a un número reducido de lo que denomina “servidores sirena”, en alusión al mito de Ulises. Estos servidores (controlados por las grandes empresas digitales: Amazon, Facebook, Google, etc.) prestan servicios *online* por lo general gratuitos a cambio de recabar millones de datos sobre nuestros comportamientos en la red. Lanier denuncia la opacidad de estos servidores en el manejo de la información que almacenan y advierte –como hacen cada vez más autores– de la construcción de un gigantesco panóptico virtual.

Pero donde pone el énfasis es en el hecho de que los servidores sirena obtienen sin apenas coste la información que

gestionan. Lo habitual es, como sabemos, que no recibamos ninguna compensación económica por permitir que nuestras experiencias, opiniones, hábitos, etc. queden registrados en internet. Sin embargo, esta cesión gratuita de datos personales genera, para otros, ingentes beneficios. Los servidores sirena se están apropiando de una enorme riqueza informativa (*big data*), de indudable interés para empresas y organizaciones de todo tipo. Mientras, quienes generamos esos datos no estamos siendo remunerados. De hecho, según Lanier, si la digitalización de la economía continúa por esta senda, cabe prever que será cada vez mayor la proporción del valor generado en la red de la que no quede constancia.

Para el autor, estos usos de las tecnologías digitales, más allá de poner de manifiesto una asimetría flagrante en la relación entre proveedores de servicios y usuarios, tienen implicaciones de hondo calado que están distorsionando el funcionamiento del capitalismo. En concreto, pronostica que, a medida que el modelo de negocio basado en los servidores sirena se vaya extendiendo a cada vez más sectores, la concentración de poder desembocará en una contracción económica generalizada que pondrá en cuestión la propia supervivencia de las sociedades capitalistas.

Para evitar esta situación, Lanier plantea la necesidad de pensar en una nueva configuración de internet que opere con otra lógica. Su propuesta consiste, resumidamente, en ampliar la monetización de los datos que circulan por el mundo virtual: el acceso a la información ya no sería gratuito, pero en contrapartida los

usuarios que aportasen a la red datos que generasen valor económico recibirían por ellos algún tipo de remuneración. Su hipótesis es que, de este modo, la economía crecería.

Tanto el diagnóstico de la situación actual como la alternativa que se propone están fundamentados en las constricciones que establece el *software* en el uso de las tecnologías digitales. Lanier considera que los problemas que atañen a la economía de la información se deben principalmente a cómo está configurada la red y, coherentemente, plantea como solución una profunda reestructuración del entorno virtual.

De nuevo parece olvidarse que los usos de las tecnologías digitales, antes que por el *software*, están mediados por la sociedad. El autor señala acertadamente que son los condicionantes políticos y económicos los que determinan cómo las innovaciones se incorporan a nuestra cotidianeidad. Pero esta premisa, imprescindible en cualquier aproximación crítica a las implicaciones sociales de la tecnología, queda en este libro como una simple nota al margen.

El análisis que se ofrece apunta, en cambio, a que son los usos actuales de las tecnologías digitales los que, con su diseño, está determinando el devenir de la economía. Pero sucede al revés. Lo que Lanier ve como una disfunción del capitalismo entra, en realidad, dentro de su lógica de funcionamiento, orientado como es sabido a la obtención del mayor beneficio posible.

El autor explica lo que habría que cambiar en la tecnología sin tomar en

cuenta las constricciones inherentes a las formaciones sociales capitalistas en su actual fase de desarrollo histórico. Al no hacerlo, cae en el determinismo de pensar que a un nuevo diseño de la tecnología le seguirán transformaciones económicas profundas. Existe, como defiende el autor, más de una forma de construir una economía basada en la información. La cuestión es dilucidar si el actual sistema socio-económico puede permitírselo. Incluso si, como en el caso de Lanier, la alternativa que se propone al modelo vigente persigue mejorar el capitalismo y no superarlo, no deberá olvidarse que un cambio tecnológico nunca será capaz por sí solo de producir efectos sociales profundos si no se interviene también en las condiciones de producción que determinan la utilización de esas innovaciones.

Daniel FRANCO ROMO

Universidad Complutense de Madrid – España
dfrancor@ucm.es